

## **LA MEMORIA: LOS ORIGENES CARISMATICOS**

### **INTRODUCCION**

La experiencia vocacional de San Juan de Dios fue un camino en el cual conoció la misma miseria del ser humano. El proceso de la llamada vocacional que Jesús hace a sus discípulos está enmarcada en etapas específicas, de este modo, la llamada de Juan Ciudad también estuvo enmarcada en cuatro etapas: Vacío, llamada, alteración e identificación. El discípulo de Jesús debe ser probado como el oro en el crisol, hasta que su esencia quede purificada. Juan Ciudad fue acrisolado con experiencias fuertes en la etapa de vacío, hasta que su alma se purificó y quedó identificada con el Jesús de la Misericordia.

El proceso de identificación de la persona que es llamada a seguir a Jesús no es fácil, se da desde una búsqueda constante como la tuvo Juan Ciudad, y el salmo 41 lo expresa claramente: “Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío” Este fue el sentimiento que tuvo San Juan de Dios en su corazón; busco intensamente hasta encontrar en su interior la misión a la cual Jesús lo llamaba, servir a los enfermos y necesitados. Él descubrió la dignidad de la persona que sufre y este fue su motor para desgastar su vida por los enfermos, de la misma forma que Jesús donó su vida para salvar a los pecadores.

### **SINTESIS DEL TEXTO**

El Camino espiritual de San Juan de Dios está enmarcado en cuatro etapas específicas que reflejan claramente su peregrinar:

a. Vacío: Hacer espacio a la gracia.

Después de experimentar muchos fracasos en su vida, desgracias en el ejército y la muerte de sus padres, Juan de Dios se vio desolado y su alma no tuvo otro camino que despojarse de sí, descubriendo la gracia de Dios en quien puso toda su confianza.

b. La llamada: Al servicio definitivo del Señor Dios.

Buscar la voluntad del Señor y ponerla en práctica, llevó a Juan Ciudad a realizar varios trabajos, Pastor de ovejas, construcción de las murallas en Ceuta y vendedor de libros; oficios sencillos que junto a la oración, fueron moldeando su alma para descubrirse esclavo de Jesús, no sin antes pasar por una crisis espiritual que con lagrimas pedía quietud y paz para su alma. Ante esta petición el Señor no se hizo esperar, con el sermón de Juan de Ávila sobre el texto de Lucas 6,17-32, en Granada, el día de la Fiesta de San Sebastián, San Juan Ciudad sintió la fuerza de la llamada del Señor y la claridad de su misión: ser pobre para los pobres y entregar su vida por los que sufren, en un camino de humildad.

c. Alteración: transformado por la palabra de Dios.

La vocación de San Juan de Dios se define como un querer desnudo seguir a Jesucristo pobre. En el hospital Real descubrió la respuesta a muchos años de búsqueda. Allí experimentando la miseria y el desprecio, le mostró a los enfermos que ellos también son hijos de Dios; salió de este lugar con el propósito de tener un hospital para poder atender a los enfermos como él deseaba, como a Cristo.

d. Identificación: Como Jesús pobre y como los pobres.

San Juan de Dios compartió la miseria con sus hermanos los enfermos y pobres de Granada; con la ayuda de varios bienhechores inició su casa hospital donde llevó a cuestas a todos los enfermos de la ciudad y los trataba como a las personas más importantes del lugar, ellos eran los “Señores” y Juan el esclavo. Esta experiencia lo llevó a darse con humildad y a reconocer que lo que hacía por los pobres era poco para la gran misericordia que tiene Dios con él.

El amor que Juan sentía por los enfermos y los que sufren lo llevó a empeñarse para poder resolver las necesidades de sus hermanos, pero todo esto por amor al mismo Jesús: “estoy aquí empeñado y cautivo por solo Jesucristo”.

## TEXTO

### El camino de la hospitalidad según el estilo de S. Juan de Dios

#### I. La Memoria: los Orígenes carismáticos

8. Contemplemos el camino espiritual de Juan de Dios. En él descubrimos el diseño original y el icono de nuestro “camino de espiritualidad”.

1. El Camino espiritual de san Juan de Dios

9. Juan de Dios fue hombre en camino, un andariego: peregrinaciones y largas caminatas tuvieron lugar en su vida. En ellas quedó esbozado el itinerario de su peregrinación interior, de su camino espiritual. Juan de Dios hizo de su vida un camino –con los pies descalzos y a través de un escarpado sendero[6]- hacia la cumbre. Paradójicamente, encontró esa cumbre descendiendo hasta lo más profundo de la miseria humana. En su vida podemos distinguir cuatro etapas que denominamos con las siguientes palabras: vacío, llamada, alteración e identificación.

a) Vacío: hacer espacio a la Gracia –primera etapa-

10. Tras una serie de fracasos, Juan de Dios experimentó el vacío y descubrió la plenitud de Dios: “¡Dios delante, sobre todas las cosas del mundo!”[7]. Fracásó en sus primeras andanzas como soldado y cayó derribado en tierra –como Pablo-, amenazado y sin más socorro que aquel que pudiera venirle del cielo[8]. Fracásó como militar cuando un capitán le condenó a ser ahorcado en un árbol, por perder un botín que le robaron; y, aunque no fue ejecutado, sí fue expulsado del campamento dejándole en la mayor pobreza. En su camino –desde Fuenterrabía hasta Oropesa- se lamentaba del “mal pago que el mundo daba a quien más le seguía”[9]. Después de nueve años de silencio, Juan se enroló de nuevo en el ejército del Emperador para luchar contra los turcos. Regresó de Viena y desembarcó en La Coruña. La proximidad a su tierra despertó en él la nostalgia de sus padres, de quienes había sido arrancado a los ocho años pero su pena fue grande cuando supo que habían muerto.[10] Se sintió vacío. Descubrió la inconsistencia de la vida[11]: “aunque tuviésemos todo el mundo por nuestro, no nos contentaremos con más que tuviésemos”[12]; por eso, se decidió a “no confiar en sí mismo”[13].

b) La llamada: al servicio definitivo del Señor Dios – la segunda etapa-

11. Su tío le ofreció quedarse en la que fuera casa de sus padres, pero él lo rechazó con estas palabras: “Mi voluntad es de buscar a donde sirva a nuestro Señor... que yo confío en mi Señor Jesucristo que me dará su gracia para que este deseo lo ponga muy de veras en ejecución”[14]. Y siguió buscando sin encontrar. Retornó al pastoreo en Sevilla. “No viendo el camino que nuestro Señor le había de dar para servirle”, andaba triste[15]. Por fin, rompió definitivamente con el pastoreo. Marchó a Ceuta. Allí, para socorrer a una familia enferma, se puso a trabajar en la “fortificación de las murallas”; le entregaba cada noche “el jornal que ganaba”[16]. Superó una profunda crisis espiritual con la ayuda de un fraile docto, que le mandó expresamente abandonar aquella tierra y regresar a la península. Llegado a Gibraltar hizo confesión general. Juan, a veces entre lágrimas, pedía paz, quietud y llegar a la meta del servicio que deseaba: “y dad ya paz y quietud a esta alma”. Y la oración se fue convirtiendo en oferta cada vez más generosa: a fin de “entrar a serviros y ser para siempre vuestro esclavo”.

“Pedía siempre a nuestro Señor muy de corazón y con lágrimas que le encaminase en lo que le había de servir”: “y así os suplico cuanto puedo, Señor mío, tengáis por bien de enseñarme el camino por donde tengo de entrar a serviros”[17].

12. Se procuraba el sustento realizando diversos trabajos, hasta que se ocupó en la venta de libros, primero de modo ambulante. Deseoso de asentar su vida en el nuevo oficio, con el que realizaba un apostolado, además de conseguir suficiente dinero para vivir y hacer obras de caridad, decidió “venir a Granada y vivir en ella de asiento”[18]. En Granada experimentó cierto sosiego, dedicado a las cosas de su oficio, sin dejar de sentir la voz que le bullía dentro y lo mantenía en escucha atenta. El día de la fiesta de San Sebastián subió a la Ermita de los Mártires para oír “entre los demás” el sermón del maestro Juan Ávila[19]. Allí lo esperaba el Señor.

13. El maestro Ávila fue su guía espiritual. Le afectó de una manera muy especial su comenario a Lc 6,17-32 (Bienaventuranzas y la bienaventuranza de los pobres):

“Acabado el sermón salió de allí como fuera de sí dando voces, pidiendo a Dios misericordia... hasta llegar donde tenía la tienda y caudal... echó mano de los libros que tenía y dábalos libremente de gracia al primero que se los pedía por amor de Dios... y todo lo demás que en su casa tenía... En breve tiempo, quedó sin caudal y desnudo de todos los bienes temporales, porque no paró solo en eso, sino los vestidos que tenía encima de sí dio también... Y así, desnudo, descalzo y descaperuzado, siguió otra vez por las calles más principales de Granada dando voces, queriendo desnudo seguir al desnudo Iesu Cristo y hacerse del todo pobre por el que siendo la riqueza de todas sus criaturas se hizo pobre por mostrarles el camino de la humildad”[20].

c) Alteración: transformado por la Palabra de Dios –tercera etapa-

14. A partir de este momento, la vocación de Juan de Dios se define como un querer desnudo seguir al desnudo Iesu Christo y hacerse del todo pobre por quien por él se hizo pobre.

“Visto por personas honradas.. considerando que no era locura, como el común juzgaba... lo llevaron a la posada del padre Ávila... El padre maestro Ávila daba muchas gracias a nuestro Señor de ver las grandes muestras de contrición del nuevo penitente... diciéndole: hermano Iuan, esfuerzaos mucho en nuestro Señor Iesu Cristo y confiad en su misericordia que el que comenzó esta obra la acabará; y sed fiel y constante en

lo que comenzaste... e id en hora buena con la bendición de Dios y la mía, que yo confío en el Señor que no os será negada su misericordia. Salió Ioan de Dios tan consolado.. que de nuevo cobró fuerzas... para desear ser de todos tenido y estimado por loco y malo y digno de todo menosprecio y deshonra por mejor servir y agradar a Iesu Cristo, que sólo en sus ojos vivía[21].

“Y viéndolo dos hombres honrados de la ciudad, compadeciéndose de él... lo llevaron al hospital real, que es do recogen y curan los locos de la ciudad... Como la principal cura que allí se hace a los tales sea con azotes, y meterlos en ásperas prisiones y otras cosas semejantes para que con el dolor y castigo pierdan la ferocidad... atáronle pies y manos y desnudo con un cordel doblado le dieron una buena vuelta de azotes...”[22]

15. En el Hospital Real Juan encontró la respuesta a su anhelante búsqueda de servir al Señor dónde y cómo Él deseaba. La experiencia de sentirse contado entre quienes han perdido lo más estimable de la persona, la razón, y con esto sentirse hundido en el pozo más hondo del desprecio y de la conmisericordia, le recordó el camino recorrido por Cristo para conseguir rehabilitar a la humanidad: era necesario encarnarse en el mundo de la miseria humana, sufrir el desprecio de quienes se creen sabios y normales, para conseguir la rehabilitación de quienes recorren el camino de la enfermedad, la pobreza y la locura; era necesario hacerse uno más de su grupo, para mostrarles que también ellos son personas, hijos de Dios como él... y como todos.

“Y viendo castigar los enfermos que estaban locos con él, decía: Iesu Cristo me traiga a tiempo y me dé gracia para que yo tenga un hospital, donde pueda recoger los pobres desamparados y faltos de juicio y servirles como yo deseo”. [23]

16. Juan quedó “herido del amor de Iesu Cristo”[24]. He aquí “la merced que le había de hacer”[25]. Descubrió el Camino que tanto buscó y deseó, cuando se hizo solidario con los pobres y enfermos viviendo y padeciendo su misma suerte.

d) Identificación: como Jesús pobre y como los pobres –cuarta etapa-

17. Comenzó a recorrer el nuevo y definitivo Camino: recogía leña y la vendía; con lo que conseguía, mal se alimentaba y daba el resto a los pobres. Su hogar eran los soportales de las plazas y calles de Granada, compartiendo con los desheredados soles y fríos, amarguras y esperanzas. Decidió hacerse pordiosero para conseguir aliviar el sufrimiento y la miseria de sus hermanos, al grito de “¡Quién hace bien para sí mismo! ¿Hacéis bien por amor de Dios, hermanos míos en Iesu Cristo?”[26].

18. Viendo los pobres “por esos portales echados, helados y desnudos y llagados y enfermos, y viendo lo mucho que de esto había, determinó de más propósito buscarles el remedio”[27]. Con ayuda de algunas personas devotas alquiló una casa, la acomodó con lo indispensable y “comenzó a llevar pobres acuestas, de todas cuantas maneras hallaba por la ciudad”[28]. Jesucristo comenzaba a concederle hacer realidad su propósito de tener un hospital donde cuidar a los pobres enfermos como le dictaba su corazón.

19. Para Juan de Dios el hospital es lugar sagrado, casa de Dios. Es un hospital-hogar abierto a todos los pobres desamparados sin distinción, porque Dios para todos hace salir su sol, en el que el huésped es el “señor” y Juan su esclavo:

“Como la ciudad es grande y muy fría, especialmente ahora de invierno, son muchos los pobres que se llegan a esta casa de Dios... así reciben en ella generalmente de todas enfermedades y suerte de gentes, así que aquí hay tullidos, mancos, leprosos, mudos, locos, perláticos, tiñosos y otros muy viejos y muchos niños y, sin estos, otros muchos peregrinos y viandantes que aquí se allegan”.[29]

20. El pueblo no entendía, asombrado, cómo “le había el Señor metido en la bodega del vino y allí ordenado con él su caridad”[30]. Juan crecía en contemplación de la “grande misericordia de Dios” y él mismo se hacía misericordia y gratuidad: “a todos socorría conforme a su necesidad, y no enviando a nadie desconsolado”[31]; “todo cuanto hacía y daba le parecía poco, vivía con ansias de darse a sí mismo por mil maneras[32]. Decían de él las gentes: “por su mucha caridad siempre endiosado”[33]; “siempre trataba caridad y hacer limosna”[34]. Pasaba noches enteras pidiendo al Señor “remedio para las necesidades que veía, con profundos gemidos y suspiros”[35]. Juan de Dios reconocía que “los bienes que los hombres hacen no son suyos sino de Dios, a Dios la honra y la gloria y la alabanza, que todo es suyo, de Dios, amen Jesús”[36]. Por eso, “cuanto hacía y daba le parecía poco”[37], porque vivía inmerso en los niveles de expansión de la misericordia de Dios, que “tan magnífico y largo había sido con él”[38]. Por esto, su mayor dolor era no poder remediar necesidades: eso le quebraba el corazón[39], porque “de tal manera lo había embriagado (el Señor) en su amor que nada negaba... siendo piadosísimo para todos”[40]. Juan de Dios tomaba por comida “una cebolla asada o otro manjar de poco precio” y dormía “en una sola estera en el suelo, cubierto con un pedazo de manta vieja, en un aposentillo muy angosto debajo de una escalera”[41]. En un rincón, bajo la escalera del hospital, vive la pobreza de sus pobres.

21. Un día descubre que podía empeñarse, dejarse a sí mismo en garantía de deuda para poder seguir remediando tanto dolor. No lo duda un momento, pide prestado, se empeña, las deudas se multiplican, continúa empeñándose, debe “mas de doscientos ducados”[44], pero el problema está lejos de solucionarse. Las angustias se le “recrecen cada día mucho más, así de deudas como de pobres”[45]. Las deudas suben tanto que los acreedores le cierran la puerta: “ya no me quieren fiar porque debo mucho”[46]. La tenaza se estrecha y lo acosa: las deudas y la necesidad de los muchos pobres que acuden, lo encierran en un callejón sin salida. “Estoy tan empeñado y con tanta necesidad que no sé qué hacerme... Viéndome tan empeñado que muchas veces no salgo de casa por las deudas que debo”[47].

22. En la oración descubrió el sentido de todo: “estoy aquí empeñado y cautivo por solo Iesu Christo”[48]. Cautiverio y empeño que se le convierte en cadena perpetua, de la que ya no saldrá ni podrá salir en toda su vida. Poco antes de morir, dejaría en manos del arzobispo de Granada, Don Pedro Guerrero, el libro de “estas deudas que debo, que he hecho por Iesu Cristo”[49]. Y “sintiendo en sí que se llegaba su partida se levantó de la cama, se puso en el suelo de rodillas abrazándose con un Crucifijo donde estuvo un poco callado, y de ahí un poco dijo: Iesus, Iesus, en tus manos me encomiendo; diciendo esto con voz recia e inteligible dio el alma a su Creador”[50].

23. Juan de Dios fue probado con la angustia y el sufrimiento. Como Jesús, se hizo como uno de tantos dementes y, gracias a su fidelidad, fue enriquecido con el don de la verdadera sabiduría: entendió que la dignidad de la persona radica en la riqueza del corazón; como Jesús, descubrió que la lucha contra el mal y el sufrimiento es un imperativo humano y, como él, se dedicó a hacer el bien a todos, comenzando por los grupos más discriminados: enfermos de todas clases, pecadores, prostitutas.... a costa de ser despreciado y calumniado. Como Jesús, contempló el mundo de los hombres con ojos de ternura y misericordia y, gracias a su amor sin límites, contagió amor, se convirtió en hermano de todos y dio inicio a un camino de solidaridad hospitalaria. Como Jesús, descendió a lo más hondo de la miseria humana, dejándose conducir al Hospital Real. En el Hospital Real Dios siguió hablando a Juan, esta vez en los gritos, lamentos y desespero de sus hermanos los enfermos; respondió así a la anhelante búsqueda de Juan y a su decisión de “desnudo seguir al desnudo Iesu Cristo y hacerse del todo pobre por el que siendo la riqueza de todas sus criaturas se hizo pobre por mostrarles el camino de la humildad”[51].

24. Síntesis: Juan de Dios siguió un camino espiritual que fue desde la dureza descarnada del despojo hasta la locura que le contagió el infinito amor de Jesucristo, pasando por la inserción en la pobreza y marginación de los bajos fondos granadinos, hasta llegar, a imitación del Maestro, a una identificación mística con los más pobres y asumir su oprobio y sus deudas hasta la muerte.

2. Tradición: transmisión del espíritu del Fundador y Padre

a) Padre y hermano en el Espíritu: los primeros hermanos

25. El don de Juan de Dios era irradiante. Su espíritu se transmitía. Su amor a los pobres y enfermos animó a muchos a unirse a su obra de caridad. La mayoría, como bienhechores que le ayudaban con sus limosnas; bastantes, deseosos de colaborar con él en el servicio de los necesitados; unos pocos, decididos a vivir con él un nuevo estilo de seguir e imitar a Jesús. Con estos constituyó una comunidad de hermanos. No necesitó darles más norma de vida que su propio modo de vivir.

26. Por experiencia personal sabía que servir a Jesucristo en sus pobres suponía realizar un camino nada fácil. A quien deseaba vivir con él y como él, se lo recordaba con palabras sencillas y tajantes. Era necesario estar dispuesto a vaciarse de sí mismo, “dejar el cuero y las correas”[53], superar las dudas e inseguridades, el andar “como barca sin remo, como piedra movediza”[54]; invitaba a ser consciente de las propias debilidades y flaquezas, para no dejarse llevar de repentinos entusiasmos, teniendo en cuenta que en el futuro debería estar “sujeto a trabajos y días de muy mala ventura y de mucho bien a vueltas”[55], por lo que convenía tomarse tiempo para discernir la llamada, encomendarlo “mucho a nuestro Señor Jesucristo”[56] y recorrer el camino de la ascesis personal: “pasar mala vida, hambre y sed y deshonras y cansancios y angustias y trabajos y enojos... todo por Dios pasado, ya que si acá venís habéis de pasar todo esto por amor de Dios”[57]. Urgía a vivir en relación con Dios y a la frecuencia de sacramentos: “todos los días de este mundo ved a Dios, ved misa entera siempre, confesaos a menudo, si es posible”[58]. En definitiva, quien deseara unirse a su estilo de vida, necesitaba hacer un proceso de conocimiento y de intimidad con Jesucristo que lo motivara a la imitación de su entrega en el amor a Dios y al prójimo; no se conforma con medianías; propone conseguir el grado más alto del amor: “Acordaos de nuestro Señor Jesucristo y de su bendita pasión, que volvía, por el mal que le hacían, bien; así habéis de hacer vos; cuando vengáis a la casa de Dios, sepáis conocer el bien y el mal”[59]; tampoco oculta las dificultades y exigencias: “si acá venís, habéis de obedecer mucho y trabajar mucho más que habéis trabajado... y no holgar, que al hijo más querido se le dan mayores trabajos...y todo en cosas de Dios: desvelaros en curar los pobres; que si acá venís habéis de pasar todo esto por amor de Dios; y por todo habéis de dar muchas gracias a Dios, por el bien y por el mal”[60]. Como criterio último, que da sentido a todo lo demás, propone aspirar a fundamentar y centrar la vida en la vivencia que animaba todo su querer y hacer: “Amad a nuestro Señor Jesucristo sobre todas las cosas del mundo, que por mucho que vos le améis mucho más os ama él; tened siempre caridad, que donde no hay caridad no hay Dios, aunque Dios en todo lugar está”[61].

27. Quería hermanos con experiencia de la misericordia de Dios[62]; así vivirían revestidos de entrañas de amor, serviciales hasta el detalle, fieles, comprensivos, capaces de perdón y de reconciliación y unidos entre sí. En su modo de ser y de estar, les transmitía una seguridad inquebrantable en su fe y en el carisma recibido. Muy pronto, los granadinos vieron que los “... hermanos andan por las calles buscando pobres y los llevan al hospital en brazos e a cuestras e los han curado con grande caridad... Es cosa pública que los hermanos, topando pobres por las calles, échanselos a cuestras y llévanlos al hospital”[63]. Había nacido en la Iglesia la Orden de Hermanos de Juan de Dios.

### b) El espíritu hospitalario heredado

28. Los primeros compañeros[64] de Juan de Dios participaban de su espíritu hospitalario y lo difundían. Antón Martín era como una prolongación de Juan de Dios; fundó y dirigió el Hospital de Ntra. Señora del Amor de Dios de Madrid que, a su muerte, recibió su nombre[65]; Pedro Velasco, transformado por la gracia como Antón Martín, con quien antes era su enemigo y deseaba su muerte, se unió al Santo imitando su vida y murió en el Hospital de Juan de Dios de Granada. A ambos los alcanzó la misericordia de Dios a través del testimonio misericordioso de Juan y son estupendos testigos de reconciliación y fraternidad hospitalaria. Los otros compañeros son recordados por testigos como hospitalarios, muy cercanos a los pobres y enfermos que asistían; reconocían que Juan de Dios era su iniciador[66] y lo imitaban en su hospitalidad sin fronteras[67]. Veinte años después de su muerte se mantenía muy vivo el espíritu hospitalario.

29. Este espíritu ha permanecido vivo a lo largo de la historia de la Orden. Ahí están, ante todo, aquellos a quienes la Iglesia ha declarado Santos, Beatos y Venerables: san Juan Grande, san Ricardo Pampuri, san Benito Menni; numerosos Beatos Mártires; otros hermanos cuya causa de Beatificación está introducida (Francisco Camacho, José Olallo Valdés, Eustaquio Kugler, William Gagnon); y tantos como durante la historia de la Orden han sufrido el martirio y la persecución por Cristo y por la hospitalidad en Brasil, Colombia, Chile, Polonia, Filipinas, Francia, España y, recientemente, en otros países.

30. La espiritualidad se ha transmitido también a través de fundadores y refundadores de comunidades y obras de la Orden: los hermanos Pedro Soriano (Italia); Giovanni Bonelli (Francia); Gabriele Ferrara y Giovanni Battista Cassinetti (Imperio Austro germánico), Francisco Hernández (América). En tiempos más recientes se recuerda al Padre Giovanni María Alfieri (Italia), Paul de Magallon (Francia), Eberhard Hacke e Magnobon Markmiller (Alemania), a san Benito Menni (España, Portugal y México). El espíritu hospitalario ha aparecido, asimismo, en colaboradores que han participado en la misión y en el espíritu carismático.

31. Los valores espirituales que han alentado esta larga historia, a partir de la experiencia originaria de Juan de Dios, son los siguientes:

∅ Experiencia profunda de la “gracia” y “misericordia” de Dios, que lleva a reconocerse pecador, necesitado de perdón y a acoger el don de la hospitalidad concedido por Dios con tanta liberalidad a Juan de Dios y a sus seguidores[68]. Juan de Dios experimentaba el infinito amor misericordioso del Padre y se sentía movido a vivir misericordiosamente, sobre todo al contemplar la Pasión y muerte de Jesucristo. Lo expresó sencilla y profundamente en estas palabras a la Duquesa de Sesá: Si mirásemos cuán grande es la misericordia de Dios, nunca dejaríamos de hacer el bien mientras pudiésemos; ... dando nosotros por su amor a los pobres lo que Él propio nos da [...] Y nos ruega con los brazos abiertos que nos convirtamos y lloremos nuestros pecados, y hagamos caridad primero a nuestras almas y después a los prójimos. (1 D.S., 13). Cuando invitaba a contemplar la Pasión del Señor lo hacía para motivar a la oración de acción de gracias y de contemplación, a avivar la esperanza en Jesucristo, en quien encontraremos consuelo y aliento en las dificultades y sufrimientos, y a hacer el bien y caridad a los pobres y necesitados. (Cf. 3 DS. 8.9; 2 DS. 9.19). De Juan de Dios procede el lugar privilegiado que ha tenido y tiene la Pasión de Cristo en nuestro camino espiritual.[69]

∅ Seguimiento de Jesús compasivo y misericordioso[70]: descubrimos en Jesús la encarnación y expresión humana del Dios-Misericordia, origen de nuestra hospitalidad (Const. 20); lo seguimos e imitamos en sus gestos y actitudes (Const. 2c; 3a); lo reconocemos en la persona y en el rostro del enfermo y del necesitado prestándole acogida y ayuda amorosa.

∅ Devoción a la Virgen María como ejemplo vivo y preeminente de hospitalidad: en su forma de acoger, servir, de interceder, de estar compasivamente al lado del que sufre[71].

∅ Vivencia armónica e integral del amor a Dios y el amor al prójimo necesitado[72].

∅ Constancia espiritual ante los obstáculos: es tal la experiencia de la gracia, que no hay dificultad y sufrimiento capaz de interrumpir lo que se realiza a favor de los pobres, de los enfermos o necesitados.

∅ Hospitalidad irradiante: como Juan de Dios, también sus seguidores han sido agraciados con una hospitalidad irradiante y vigorosa que invitaba a otros a participar en nuevos proyectos hospitalarios y a entrar en comunión de carisma y espiritualidad con ellos. La irradiación carismática se veía acompañada por una sabia formación de los colaboradores en el espíritu de Juan de Dios.

∅ La atención a la persona del enfermo y necesitado como aportación de la Orden a la única misión de la Iglesia[73].

∅ Profesionalidad: la tradición hospitalaria de la Orden testimonia el interés por unir la misión hospitalaria con la técnica, la ciencia y la actualización de los medios, según los problemas y posibilidades que cada época deparaba.

∅ Espíritu de donación hasta la muerte: es una constante en tantos seguidores de Juan de Dios la disponibilidad a darse sin reservas, hasta entregar incluso la propia vida a favor de los enfermos y necesitados. Así lo demuestran hechos heroicos que jalonan la historia de la Orden en distintos lugares y tiempos: epidemias, guerras, peligros...

∅ Inculturación entre los pobres, o humildad hospitalaria: es la minoridad o la “kénosis” hospitalaria, que llevaba a los hermanos a renunciar a la vida confortable y cualquier tipo de grandeza, adaptándose al estilo de vida humilde de los pobres y enfermos.

### 3. El “hoy” del carisma de Juan de Dios: Misión compartida e inculturación

32. Juan de Dios compartió el don que había recibido con toda clase de personas, que se sintieron contagiadas por su modo de vivir el cristianismo y su amor a los necesitados: gente sencilla que se unía a él en el servicio, bienhechores anónimos y personajes de la nobleza que le apoyaban con sus bienes, presbíteros que colaboraban con él en la asistencia espiritual de quienes residían en el hospital y otros muchos voluntarios, médicos y gente de servicio que con él y los hermanos atendían a los enfermos.

33. El don de la hospitalidad al estilo de Juan de Dios se ha irradiado constantemente, incluso a personas que no siempre están animadas por los valores de la fe cristiana. El carisma transmitido se ha desplegado en una admirable creatividad, dando lugar a una serie de realizaciones adaptadas a tiempos y lugares diversos. Somos cada vez más conscientes de que el carisma de la hospitalidad al estilo de Juan de Dios trasciende el ámbito de los hermanos que han profesado en la Orden. Se sigue impulsando una nueva visión de la Orden como “familia”, y acogemos –como don del Espíritu en nuestro tiempo- la posibilidad de compartir nuestro carisma, espiritualidad y misión[74]. Esta realidad, que entre nosotros ha ido tomando vigor muy lentamente, es un reto a vivir “de tal modo identificados con nuestra misión, que nuestros colaboradores se sientan animados a hacer lo mismo”[75], no sólo porque las obras apostólicas de la

Orden, sobre todo en los países desarrollados, se han vuelto enormemente complejas, sino movidos por el imperativo evangélico de compartir con gozo y gratuitamente lo que gratis hemos recibido del Señor, para bien de la comunidad eclesial y anuncio del evangelio de la misericordia.

34. Los hermanos misioneros –en misión “ad gentes”- han hecho posible que el carisma de Juan de Dios se haya extendido considerablemente y se haya inculturado; ahora se está dando el paso de la inculturación a la encarnación del carisma y de la misión de la Orden, a través de hermanos auctóctonos. Esto significa que es necesario superar las formas de vivir la consagración en hospitalidad al estilo de las naciones de procedencia de los misioneros, para promover el estilo y formas de vivirlo cada cultura, conservando lo genuino y perenne del carisma. Las exigencias son aún más significativas en la misión, que ha de ir pasando paulatinamente de estilos de organizar la asistencia con patrones de primer mundo a modos de realizar la hospitalidad ajustadamente a cada realidad, encarnada en el ámbito socioeclesial, sin renunciar al valor tradicional de la Orden de promover una asistencia digna, apoyada en los adelantos de la ciencia y de la técnica y realizada por hermanos y colaboradores bien cualificados.

35. De este modo, a la vez que el carisma de Juan de Dios se enriquece con los valores de cada cultura, la Orden continuará siendo conciencia crítica en los lugares en los que la asistencia médica y social sea carente y promoverá el sano desarrollo de las estructuras sanitarias y asistenciales a las que puedan acceder todos, en especial los más desfavorecidos.

### PREGUNTAS para la reflexión

- 1. Desde mi experiencia personal con la llamada vocacional, puedo reconocer claramente como fueron vividas las etapas de vacío, llamada, alteración e identificación?**
- 2. La llamada vocacional siempre se ha visto como un proceso personal con Jesús, quien llama y el discípulo responde. En nuestra vida Comunitaria Hospitalaria es posible experimentar también las etapas del camino espiritual de Juan de Dios, cuál de ellas reconoces?**
- 3. ¿Qué puedo aportar para que nuestra comunidad se transforme con la palabra de Dios y podamos vivir plenamente identificados con el Jesús Misericordioso que experimentó Juan de Dios en su vida en Granada?**